

Paraísos perdidos de la ficción especulativa brasileña

Traducción y nota introductoria de Mariano Martín Rodríguez

Es frecuente en las culturas humanas la nostalgia del paraíso perdido, de la Edad de Oro sustituida por las edades de otros metales de menos valor, hasta declinar en la de hierro actual, época de sufrimiento y violencia, de mal omnipresente e imperante. Esa nostalgia es la que mueve dos relatos de autores brasileños de lengua portuguesa que imaginan sendos lugares de felicidad que, en lugar de proceder de la tradición mítica o de las ensoñaciones utópicas, destacan por ser creaciones originales. Aunque pocos años separan cronológicamente su publicación, son también interesantes por ilustrar no solo la capacidad mitopoética de sus autores, sino también su elección de géneros distintos de escritura y de ficción.

El primero se titula «Paradísia» [*Paradisia*]¹ y figura en el sumario del libro de cuentos de Henrique Coelho Neto (1864-1934) titulado *Vesperal* [*Vesperal*] (1922). Coelho Neto, autor de algún relato ficcional como «Adão & C.» [*Adán y Cía.*] (*Lanterna mágica* [*Linterna mágica*], 1898), cultivó, dentro de la ficción especulativa, sobre todo el género de la fantasía simbólica

en prosa, y a veces rayana en la fantasía épica, en libros como *Rapsódias* [*Rapsodias*] (1891), *Fabulário* [*Fabulario*] (1907) y aquel mismo de *Vesperal*. Entre los cuentos de este tipo, «Paradísia» es, como otros de los suyos, una especie de parábola. En tiempo legendario o, al menos, antiguo si nos guiamos por la presencia de trirremes, Paradísia es una isla de nombre simbólico y clima perfecto, cuya naturaleza pone al abrigo de cualquier necesidad material a sus habitantes. La vida de estos transcurre con una sencillez pacífica, sin los odios y las pasiones que suscita la insatisfacción de los deseos, pues su ignorancia del exterior hace no que echen de menos lo que no conocen, y lo que conocen basta para hacerlos felices. Esta situación cambia al llegar un naufrago cuya mera existencia les permite saber que existen otras tierras. El anhelo por lo desconocido los embarga hasta el punto de suscitar rivalidades por alcanzarlo. El enfrentamiento mortal que sigue determina el definitivo final trágico. Tal desenlace parece merecido, porque su curiosidad ni siquiera había considerado siquiera que el naufrago les había avisado de los males físicos y morales

¹ La traducción castellana se basa en la edición siguiente: Coelho Neto, «Paradísia», *Vesperal*, Rio de Janeiro, Leite Ribeiro, 1922, pp. 89-91.

de ese mundo por el que estaban dispuestos a abandonar su isla feliz. ¿Invitaba así el autor a conformarse con lo que se tiene, si ello hace feliz, en vez de buscar una ilusoria felicidad más grande? Esta lectura conservadora es posible, como lo es también otra que vea en el cuento una parábola de la estupidez humana, que sabe que lo que persigue y desea es malo o le hará mal, y sin embargo no cesa en perseguirlo hasta autodestruirse a sí y a su entorno, como vemos en tantas personas que no paran mientes en lo nocivo de lo que persiguen, sea esto placeres que los consumen, o bien la lucha por unos ideales políticos o de otra índole que la realidad ha demostrado una y otra vez que no traen sino desgracias y muerte. Independientemente de la manera en que interpretemos la parábola, se puede disfrutar del cuento por su bello estilo finisecular o decadentista (*art nouveau*, si hablamos de arte). Su riqueza retórica no está reñida con la nitidez de la narración, y también podemos apreciar la sencillez de medios con que el autor pergeña, sin necesidad de engordar su relato con el número excesivo de páginas que se lleva en la *fantasy* corriente en la actualidad, un mundo secundario integral y coherente, amén de original, si consideramos que no parece inspirarse concretamente en mito patrimonial alguno.

No es tan original en su concepción el paraíso pergeñado por Humberto de Campos (1886-1934), un reputado periodista que escribió numerosas crónicas para la prensa carioca, la mayoría en forma de ensayos, aunque también escribió bastantes en forma de narraciones, generalmente agradables de leer gracias a su escritura fluida, pero que no rehúye la complejidad sintáctica y una sobria ornamentación retórica de estilo novecentista, equivalente en las bellas artes a lo que se da

en llamar *art deco*. Un buen ejemplo de estas características de escritura es su crónica-cuento «O país das sombras felices» [*El país de las sombras felices*]², que recogió en el volumen titulado *Sombras que sofrem* [Sombras que sufren] (1934). Tal país es realmente un planeta gigantesco en que se reencarnarían los seres previamente desencarnados como premio a sus méritos durante su vida o como compensación por el sufrimiento experimentado en las distintas existencias transcurridas en varios planetas, según un esquema universal dirigido por un Omnipotente inspirado en el Dios de los monoteísmos abrahámicos, pero que parece más bien un gestor o administrador dotado de poderes dictatoriales en su calidad de instancia suprema y de último recurso. Este sistema no se basa tanto en los conceptos de reencarnación de las religiones kármicas, sino en el espiritismo del astrónomo y narrador francés Camille Flammarion (1842-1925), cuyo libro de ficción *Lumen* [*Lumen*] (1873) se basa en la idea de las reencarnaciones sucesivas en los planetas que adopta Campos en su cuento. Sin embargo, lo que en Flammarion es motivo de esperanza optimista, es en el brasileño la explicación del desasosiego que naturalmente nos producen a los seres humanos los males del lugar donde vivimos.

Tras una exposición de aire objetivamente ficcional, con cifras inclusive, Campos adopta la perspectiva de un alma individual, con la que los lectores son invitados implícitamente a identificarse emocional e intelectualmente. Esta alma por fin reencarnada en el planeta feliz es obligada por el Omnipotente, junto con muchas otras, a reencarnarse en la Tierra, porque las matanzas y catástrofes que no cesan de producirse allí obligan a la administración a compensarlas mediante la reencarnación de los

² La traducción castellana se basa en la edición siguiente: Humberto de Campos, «O país das sombras felices», *Sombras que sofrem*, São Paulo, José Olímpio, 1934, pp. 169-176.

seres de otros planetas, incluso de aquellos que no merecen el castigo del destierro a un mundo tan desgraciado como el nuestro. Las protestas no sirven, por muy fundadas que estén, tal y como se muestra en una escena tragicocómica en que se reconocerá cualquier víctima de la arbitrariedad gubernamental y administrativa pública y privada. Solo les queda resignarse y sufrir como cuerpos infelices por un tiempo indefinido, lejos del mundo de las sombras felices.

Esta explicación de nuestra infelicidad es, pese o gracias a su origen espiritista, lógica atendiendo a los parámetros del universo ficticio inventado y construido literariamente por Campos. Por esta razón podemos considerarlo el fruto de una fantasía racionalizada propia de la ciencia ficción, género temático al que también remite la ambientación cósmica

o galáctica *sui generis*. Como su maestro Flammarion, Campos demuestra que elementos que se creerían religiosos pueden concebirse y leerse a la manera fictocientífica, también si recordamos que el Dios del cuento no es el de ninguna fe religiosa, sino un ente kafkiano cuyo proceder es terroríficamente racional. Así se justifica el moderno pesimismo de Campos, testigo de unos horrores de la guerra total de 1914 y lúcido analista de una inquietud colectiva exacerbada que pronto daría lugar a otra contienda aún más sangrienta. En estas circunstancias, se entiende que la visión de «O país das sombras felices» parezca menos ingenuamente optimista que la visión cósmica de *Lumen*. Queda al arbitrio de los lectores decidir cuál de las dos visiones se ajusta mejor al espíritu y las circunstancias de nuestros días.

HENRIQUE COELHO NETO

PARADISIA

De una estrella había hecho Dios esa isla y en ella permaneció mientras creaba el mundo. ¿Dónde había suelo más rico, aire más fino y puro, aguas más claras y frescas, arboleda más verde, aves de plumaje tan abigarrado y canto tan armonioso, flores más aromáticas y animales tan mansos?

Las cosechas brotaban ricas, sin trabajo del hombre; el oro brillaba a flor de tierra, el diamante forraba el lecho poco profundo de los arroyos; había rocas de esmeralda, cuevas iluminadas por berilos y tantos eran los rubíes en las montañas que formaban por ellas como torrentes de sangre.

No hacía ni frío ni calor, sino una temperatura equilibrada que permitía caminar al sol y dormir, sin abrigo, a la luz de la luna.

Paradisia se llamaba la isla feliz.

Una tarde, mientras varios isleños paseaban por la playa, oyeron gritos procedentes del mar.

En el puerto, sujetos por anclas doradas, se balanceaban barcos de diversos tamaños. Los isleños se lanzaron en ligeras embarcaciones y, zarpando, recogieron a un náufrago que, durante tres días y tres noches, había rodado entre grandes olas de tormenta, agarrado a un remo. Le dieron abrigo, lo vistieron, lo alimentaron. Y el hombre, descansado y contento, les contó su historia: era pescador de un pueblo miserable entre dunas y acantilados, donde las mujeres enlutadas maldecían el mar.

Y también describió las tierras de más allá, asoladas por el mal, abrasadas en verano,

heladas en invierno, y en las que los hombres se enfrentaban por el oro y el placer.

Y habló de la miseria y de la muerte, de las angustias del hambre y de los dolores lancinantes, de las enfermedades que deforman, del abandono en que yacen los pobres, de la soberbia de los ricos, de la humildad de los débiles, de la arrogancia de los fuertes, aludiendo también a la traición, al vicio, a la impiedad y al crimen.

Y los isleños lo escucharon asombrados.

A la mañana siguiente (y esta fue la causa de la gran guerra que trabaron los habitantes de Paradisia), al afirmar el náufrago que se guiaría por las estrellas derecho hacia las tierras de más allá, se afanaron en aparejar y aprovisionar trirremes y, como todos lo querían de piloto, se libró lucha armada.

La tierra se tiñó de sangre y el fuego se propagó de las casas al bosque.

Fue entonces cuando, en las alturas, estalló la ira de Dios contra aquellos hombres de su elección que, aun viviendo en completa felicidad, habían deseado lo descrito por el pescador.

Y, por el crimen de esa ambición, Dios excitó los elementos: quebró e hizo añicos la isla, encrespó los mares, desató los vientos, inflamó los rayos y hundió Paradisia en el abismo, haciendo desaparecer con ella la única morada de dicha que había dejado en el mundo.

HUMBERTO DE CAMPOS

EL PAÍS DE LAS SOMBRAS FELICES

En una de las estrellas de la Vía Láctea, apenas visible, en el hemisferio austral, por detrás de la constelación de la Escudra, se sitúa una de las numerosas aglomeraciones de la raza humana que existen en el Universo. Es un mundo como la Tierra, en el que el espíritu, en su viaje a través del Tiempo y del Espacio, retoma la figura que tiene en nuestro planeta. Es ahí donde van a parar, por estar más cerca, revistiéndose de una forma palpable, los antiguos habitantes de Antares y de la constelación del Lobo, y reciben allí el premio, o el castigo, por sus actos en las existencias anteriores.

Camille Flammarion parece que no incluyó esa estrella en su galería de mundos habitados. La vida en ese astro es, con todo, la que más se asemeja a la que se desarrolla en la Tierra, aunque se trate de un cuerpo celeste unas 900.000.000.000 veces mayor que aquel en el que nos encontramos. Miles de fenómenos que aún nos inquietan aquí, ya les han sido revelados, de modo que los espíritus llegados allí se sienten más o menos consolados y satisfechos, y hacen lo posible para que no se los vuelva a trasladar. De ahí procede el nombre que tiene esa estrella, que es el de Ptschalstockiora, que significa sencillamente en la lengua universal o estelar allí adoptada «país de las sombras felices».

Según es normal allí, dirige el mundo un Ser que tiene figura humana y que gobierna

sus inmensos dominios celestes desde una estrella enorme, situada en el hemisferio boreal. Capital del Universo, habitan esa estrella únicamente entidades superiores que han alcanzado, por el sufrimiento o por la cristalización de la inteligencia, la inmortalidad. Esos habitantes componen el cuerpo de auxiliares del Omnipotente y cumplen sus órdenes, de forma que fijan el ritmo de la vida en toda la inmensidad celeste. Son ellos quienes promueven, por medio de guerras, epidemias y otras calamidades, la remoción en masa de los espíritus de unos mundos a otros, e incluso las convocatorias individuales, con las muertes aisladas. En virtud de circunstancias especiales y que tienen su causa en el perfeccionamiento de los espíritus que llegan allí, los habitantes de Ptschalstockiora conocen, más o menos, su pasado y su futuro. En la enseñanza hay incluso una cátedra en que se imparte el conocimiento de los mundos recorridos por el espíritu en su marcha hacia la perfección y de la existencia de los mundos que aún puede recorrer.

Ptschalstockiora no es, sin embargo, una estancia desde donde no se regrese a mundos inferiores, en virtud, podría decirse, de una revisión del proceso o incluso por simple resolución del Omnipotente, en pro del equilibrio de la vida universal. Hay espíritus que, ya en las proximidades de la perfección y, en consecuencia, de la paz y felicidad eternas,

reciben la orden de retroceder y vuelven a Saturno, Urano, Marte, a las estrellas de la constelación del Lagarto o del Dragón, e incluso a la Tierra. El Omnipotente tiene derechos cuyos límites solo están trazados por la extensión de su nombre.

Yo había pasado algunos milenios encarnándome y reencarnándome en una de las estrellas de la constelación de la Jirafa cuando sentí, en la debilidad de la materia que me envolvía, que había llegado el momento de desencarnarme otra vez. La desencarnación se produce allí sin sufrimiento alguno. Se desviste uno de la envoltura como se quita uno, en el planeta donde ahora me encuentro, una túnica romana o un peplo griego. No hago la comparación con unos pantalones o unos calzoncillos modernos, porque a veces estorban los botones al quitarse uno esas dos prendas de ropa. En la constelación de la Jirafa, el espíritu abandona en suma la carne y los huesos como quien deja el ropón a la orilla del río y se zambulla en él con voluptuosidad y avidez. Y fui a reaparecer poco después, como recompensa de mis padecimientos y, sobre todo, mi resignación, en Ptschalstockiora.

Me hallaba yo allá desde hacía doscientos veintisiete años del calendario terrestre cuando se produjo allí la mayor revolución o, mejor dicho, la única revolución de la que se tiene memoria en aquella estrella. Vivían las sombras felices en la más absoluta y angelical tranquilidad cuando llegó, procedente de la estrella del hemisferio boreal en que reside el Omnipotente, la orden más arbitraria que hubiera emanado nunca de su voluntad poderosa.

—¡No es posible! ¡Mentira, mentira! — clamaban las sombras felices afectadas por la determinación prepotente.

—¡No iremos, no iremos! —exclamaban otras, como si ignorasen su fragilidad ante la voluntad inflexible del Señor de los mundos.

La orden era realmente algo clamoroso. Se trataba del traslado, a la mayor brevedad, de algunos millones de espíritus felices al lejano presidio de la Tierra, en el cual había incontables plazas a consecuencia de la remoción, por medio de guerras, de otros tantos espíritus a otras estrellas y planetas. Un edicto del Omnipotente había motivado aquellas catástrofes y hete aquí que él mismo iba a reparar el inconveniente que había causado haciendo encarnar otros tantos millones de espíritus procedentes de diversos puntos del Universo. El tributo de Ptschalstockiora consistía en ciento veinte millones de sombras que debían reencarnarse en la Tierra, en tramos anuales de veinte millones.

La remoción de una estrella de primera categoría a un planeta de tercera era en verdad una especie de castigo, de punición abominable. Y razón tenían, y de sobra, las sombras felices al protestar contra la resolución divina, que las rebajaba de condición. Los dioses, creadores de los hombres, son, con todo, tan obstinados como ellos. Y se cumplió la voluntad del Omnipotente: millones de espíritus desencarnados en Ptschalstockiora reencarnándose en la Tierra. Y aquí se encuentran en gran número, al mismo tiempo que llegan otros de la misma procedencia.

Es a esa resolución del Omnipotente a la que se debe la agitación que se observa actualmente en el planeta que habitamos en este momento. Traídas de un mundo mejor, rebajadas de categoría, apartadas de su camino en la marcha hacia la inmortalidad, las sombras felices, hoy prisioneras en la Tierra, tienen aquí una reminiscencia vaga de lo que fueron un día. La Tierra es un destierro, un presidio, una penitenciaría a la que los espíritus que por

aquí han pasado no desean regresar. Es por eso por lo que el bebé, cuando nace, grita, llora, se debate, patalea. Y también es por eso por lo que la gente se siente ahora disgustada con la vida y se arrepiente de haber venido al mundo, donde todo parece mezquino y rastroso.

El desasosiego que se observa hoy en todo el mundo tiene por fin una explicación. Simplemente delata la añoranza que sienten aquí las sombras felices de su paso por Ptschalstockiora.